

V A R I A

INAUGURACION DEL MUSEO ETNOGRAFICO DE YERBABUENA

Con un sencillo acto se inauguró el Museo Etnográfico de Yerbabuena, el lunes 16 de julio de 1962. Estuvieron presentes el señor Ministro de Relaciones Exteriores, don José Joaquín Caicedo Castilla; el señor Ministro de Educación Nacional, don Jaime Posada; el doctor John C. Dreier, actual director del Centro Interamericano de la Escuela de Estudios Avanzados de John Hopkins University y ex-Embajador del Gobierno de los Estados Unidos ante la Organización de los Estados Americanos y uno de los más adictos amigos y favorecedores del Instituto Caro y Cuervo; el Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores, don Alberto Díaz Luna, y el del Ministerio de Educación Nacional, don Arturo Cardona Jaramillo; los miembros de la Junta del Instituto Caro y Cuervo y sus colaboradores y empleados; los miembros del Consejo del Seminario Andrés Bello, los profesores y alumnos de éste, y un grupo de amigos.

Un almuerzo campestre fue ofrecido a los distinguidos visitantes, después de la inauguración.

El nuevo Museo, modesto en sus comienzos, pero destinado a un promisorio porvenir, nace como parte y complemento del Departamento de Dialectología del Instituto Caro y Cuervo, cuyos investigadores han recogido y coleccionado los objetos que lo integran.

El Director del Instituto, doctor José Manuel Rivas Sacconi, en discurso que se publica a continuación, expuso ante los asistentes los objetivos del Museo y los planes que se espera realizar en lo futuro, expresó su gratitud hacia los investigadores del Departamento de Dialectología, fruto de cuyos esfuerzos es la actual colección de muestras de artesanía popular que se exhiben, y declaró inaugurado oficialmente el nuevo Museo, que queda abierto al público. Estas fueron las palabras del doctor Rivas:

Hace un año el Instituto Caro y Cuervo hizo una pausa en su labor diaria para conmemorar a Rufino José Cuervo en el cincuentenario de su muerte, con preces elevadas por su alma en el oratorio de esta casa y con la exaltación de su ejemplo y de sus virtudes humanas, hecha en cálidas palabras por el primer director de esta institución, Reverendo Padre Félix Restrepo. El ejemplo y el

magisterio de Cuervo, así como los de Miguel Antonio Caro, la lección de vida, de ciencia y de método que ellos impartieron, son inagotablemente fecundos. A ellos es justo atribuir todos los desarrollos de una labor que en ellos se inspira, los frutos de esa actividad y las nuevas realizaciones que van cristalizando. Se trata en el día de hoy, precisamente, de inaugurar la novísima entre las ampliaciones del Instituto, el Museo Etnográfico de Yerbabuena, aún incipiente, pero de alcances promisorios.

Este museo, que hoy mostramos por primera vez a los ilustres visitantes y cordiales amigos que nos honran con su asistencia, es derivación de los trabajos del Atlas Lingüístico de Colombia, que no es solamente lingüístico, sino también etnográfico; y, justamente por serlo y por existir tan íntima trabazón entre sus dos aspectos, mira y estudia todas las manifestaciones de la vida y de la cultura tradicional y popular del país. Al iniciar la empresa del Atlas, se estamparon estas palabras preliminares: "Con la aparición del ALEC, obra de valiosísimo aporte para el conocimiento de las hablas y culturas populares colombianas, se podrá saber en forma precisa lo más notable y más peculiar del castellano hablado en las diversas regiones del país, sus principales diferencias y afinidades respecto al español peninsular y al de otras naciones hispanoamericanas, sus relaciones con las lenguas precolombinas, etc. Al publicar esta obra, el Instituto Caro y Cuervo presentará uno de los primeros Atlas, si no es el primero, de una nación del continente americano. Y no habrá hecho, en definitiva, más que seguir la línea trazada por don Rufino José Cuervo, el colombiano que 'desde lo alto de Bogotá, contempló el panorama lingüístico de toda la América hispana'".

La preparación del Atlas implica una sistemática exploración del territorio nacional, en el curso de la cual se obtienen las respuestas a un cuestionario de dos mil preguntas, sobre temas de pronunciación, de gramática y del vocabulario relacionado con la vida individual, familiar, social, religiosa y económica, y además se recogen noticias sobre las poblaciones visitadas, se hacen grabaciones de poesía y de música populares, se toman fotografías de lugares, personas y cosas, se adquieren objetos característicos de las distintas regiones. Esta enorme y variada documentación se traduce primeramente en la elaboración de los mapas lingüístico-etnográficos que compondrán el atlas definitivo. Secundariamente, da lugar a la redacción de monografías, muchas de ellas ya publicadas y otras próximas a aparecer. Y, finalmente, va constituyendo, por acumulación constante, tres valiosas colecciones: el archivo fotográfico; el archivo de la palabra y de la música regional colombiana, formado por las cintas magnetofónicas y los registros fonográficos; y el museo de etnografía y folclore, que hoy abre su puerta.

Se comprende así que esta colección no ha surgido como algo aislado o extralimitado en la actividad del Instituto. Es empeño concomitante con la investigación del vocabulario y de la cultura popular expresada por el lenguaje. Se busca y se registra la palabra, pero también se observa el objeto a que se refiere, aplicando el método de palabras y cosas, a fin de obtener una visión cultural completa. Por considerar que la descripción, el dibujo o la fotografía de los objetos son casi siempre insuficientes, se ha querido que por lo menos algunas muestras de ellos se conserven y exhiban en la sede del Instituto para estudio de los investigadores y del público. Así nace la idea de este museo, que tiene ambiciosas proyecciones y que, aun en su exigua dimensión actual, reúne ya objetos de uso doméstico, implementos de transporte, prendas de vestido características de algunas regiones, hechuras de artesanía popular, utensilios de minería, pesca, agricultura y ganadería.

Esta colección etnográfica es obra del Departamento de Dialectología del Instituto y funcionará como dependencia del mismo. Concretamente es resultado de los trabajos realizados en el campo por el doctor Luis Flórez, Jefe del Departamento, y por sus colaboradores, don Francisco Suárez Pineda, don José Joaquín Montes y doña María Luisa Rodríguez de Montes, incansables en sus correrías y comisiones de estudio. El doctor Flórez, ampliamente conocido dentro y fuera de las fronteras del país por sus muchos libros, artículos y escritos varios, es un raro caso de laboriosidad y tenacidad en el estudio; se distingue por su sólida preparación lingüística, su organización y método en el trabajo, su claridad en la exposición; no desdeña los propósitos de simple divulgación al lado de la pura investigación científica; es fecundo en la producción y eficaz en la ejecución de las ideas; posee el don de comunicar sus conocimientos y de formar discípulos: gracias a estas cualidades el ALEC se ha ido transformando en visible realidad. El Museo Etnográfico se debe a este equipo de investigadores, entre los cuales merece especial mención don Francisco Suárez Pineda, doctor en filosofía y letras, antiguo lector de literatura hispanoamericana en universidades europeas, quien ha puesto particular diligencia en la adquisición de los objetos aquí expuestos, y se ha esmerado en su clasificación y arreglo, con la ayuda inteligente y entusiasta de la doctora Gisela Beutler, investigadora alemana que ha hecho del Instituto el centro de sus estudios sobre el romance y otras formas de cultura literaria y popular en Colombia.

El que vemos es apenas un comienzo, casi un proyecto de museo. Pero estamos seguros de que la fuerza misma de la idea y la necesidad de conservar las expresiones de una cultura tradicional en rápida transformación y amenazada por inminente desaparición habrán de conseguir el apoyo indispensable para que un completo y rico museo de etnografía actual del país se constituya al conjuro y al abrigo de nuestro Instituto. El número de salas del museo deberá multiplicarse y un conjunto de casas campesinas, construidas, amobladas y decoradas según las tradiciones y costumbres de cada región, habrán de poblar los terrenos de Yerbabuena. Gracias a este museo, se podrá apreciar más tarde la evolución de aspectos importantes de la vida material de los colombianos y se tendrá un testimonio valiosísimo para la historia de la cultura nacional.

Creo oportuno anotar que el tipo de museos que más preocupa actualmente a los dirigentes de la Comisión Internacional para la Organización de los Museos, dependiente de la UNESCO, es precisamente el de los museos etnográficos y de los llamados museos al aire libre. Los museos de arte, los de historia, los de arqueología están ya maduros y consolidados. Los otros, por su novedad, se encuentran apenas en formación y requieren cuidados especiales. Constituyen la más reciente modalidad de la museología. Los países escandinavos y los Países Bajos ocupan el primer lugar en la organización de los museos al aire libre. El de Copenhague, a veinticinco minutos de la ciudad, reúne granjas con sus aperos y casas con su ajuar, que representan los diferentes distritos de Dinamarca. En Estocolmo el museo al aire libre de Skansen ofrece aspectos de la vida sueca en sus diferentes regiones y en sus distintas clases sociales, desde las cabañas de los pastores, hasta la morada señorial que ostenta ricas porcelanas en el comedor, grandes chimeneas y valiosa biblioteca. En España hace mucho existe el museo del pueblo español. En Bucarest se admira el museo de la aldea. Y exhibiciones de esta clase se han formado en muchos países europeos.

Este paraje de Yerbabuena parece predestinado para un museo aireado, vivo, auténtico, colombiano, como el que soñamos. Por intuición, quizás, le dedicó a

este sitio don José Joaquín Casas aquellas conocidas palabras: "En cada nación el afecto patrio designa y consagra ciertos lugares donde el espíritu público se retempla y aviva en las fuentes de la tradición. Estemos ciertos de que Colombia afirma briosamente su personalidad y se mantiene fiel a ella mientras los colombianos gustemos de recrearnos y paladeemos a los que van viniendo con el sabor de Yerbabuena". En busca de este sabor, en persecución del espíritu que alienta en esta casa y en medio de estas colinas, quisimos un día, cuando se deparó la ocasión de fijar la sede del Instituto, establecerla aquí, y no en otros lugares más obvios. Fuera de consideraciones circunstanciales y gramatísticas que favorecieron nuestra decisión, obró tal vez en nosotros una razón profunda, subconsciente: el llamado de la tierra, el regreso a lo autóctono, la vuelta a la raíz tradicional, rural y popular de nuestro ser nacional y de nuestra cultura.

Y en verdad esta gleba, este surco, que recibe el nombre de la humilde, aromada y buena hierba, ha sido fértil para la semilla que hemos sembrado. Aquí ha crecido y se ha ramificado el tronco de nuestro Instituto. El núcleo inicial de este centro de investigación lingüística está hoy rodeado por organismos que coadyuvan y extienden su actividad. Esta casa, donde se teje la eterna tela de la filología, es también biblioteca abierta a los ávidos lectores, es centro bibliográfico nacional, es museo de la literatura colombiana, es imprenta que revive en su nombre el de las prensas de Antonio Nariño, es oratorio en que se eleva el espíritu al Creador, es aula en que se enseña, es laboratorio en que se experimenta, es hogar para quienes se acogen a él. De este modo, Yerbabuena se ha tornado en encarnación de una tarea total de cultura, para la cual todos los frentes deben estar guarnecidos. Existe una interdependencia entre las varias manifestaciones de las ciencias del espíritu, que exige una consideración global de sus problemas. En nuestro caso hemos sentido el imperativo con especial urgencia, por haberse visto obligado el Instituto a suplir la ausencia de otras entidades en el frente de trabajo.

Una y otra vez he repetido que la lengua sola, aislada, se asfixia y perece. Para vivir, debe ser expresión de una cultura activa y operante, en letras, en ciencias, en arte, en tradiciones y costumbres populares. Unidad de lengua y unidad de cultura son inseparables. La defensa del idioma debe asociarse con la defensa de la tradición cultural. Además de conservar y estudiar el acervo lingüístico, es necesario mantener los valores literarios, rescatar los históricos, apreciar los artísticos, restaurar los arquitectónicos y velar por la autenticidad de los folclóricos. Si no volvemos sobre la cultura material con el celo que le aplicamos a la lengua, ésta sufrirá las consecuencias y en definitiva padecerá la misma suerte que corra aquella. Porque la lengua es expresión de la cultura de un pueblo. Desvirtuada la fisonomía de la cultura general, se desvirtuará la de la lengua. Serán inútiles los cuidados que se prodiguen a ésta, si el seno de que brota está alterado. Sin unidad cultural, la lengua pierde su valor, inclusive como medio de comunicación. Se corre el riesgo de no entenderse. Tendremos el instrumento de expresión pero no el correlato en lo expresado. Con unas mismas palabras nos referimos a cosas distintas. La unidad de lengua no sirve si no se mantiene la unidad de cultura. Cuervo supo contemplar la lengua no como organismo independiente, sino como una entre las varias manifestaciones del genio de la nación. Esta visión le hizo asumir una actitud válida frente al problema de la lengua y lo salvó de caer en los errores comunes en su tiempo. Ello se debió, entre otras razones, a su estimación por los valores poéticos y literarios y a su veneración

por las tradiciones populares, que se confunden con la lengua y se perpetúan con ella. Oigamos su voz eterna:

"Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente a la patria como la lengua: en ella se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarcillo popular evoca la imagen de alegres fiestas, y un himno guerrero, la de gloriosas victorias; en una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales a aquellos en que jugábamos de niños, y viéramos allí casas iguales a donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la patria. De suerte que mirar por la lengua vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo. Por eso, después de quienes trabajan por conservar la unidad de creencias religiosas, nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispano-americanas, como los fomentadores de aquellos estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas".

* * *

Al inaugurar hace cuatro años las labores del Centro Andrés Bello, afirmé que el Instituto deseaba no sólo cooperar a un movimiento de integración entre los distintos pueblos hispanoamericanos, sino contribuir a preservar en su integridad el legado de la tradición y a promover una conciencia científica en torno de la lengua común.

Deseo recordar hoy que, al discutirse y aprobarse unánimemente en el Consejo de los Estados Americanos la Resolución relativa a la constitución del Centro Andrés Bello y al Acuerdo de Cooperación con el Instituto Caro y Cuervo, en la sesión del 30 de abril de ese mismo año de 1958, el Embajador de los Estados Unidos de América dijo lo siguiente: "Señor Presidente: quisiera mencionar, como expresión del interés que mi Gobierno tiene en este Instituto, que este año veinte profesores de español de escuelas secundarias de los Estados Unidos participarán en un seminario para estudiar el idioma español durante ocho semanas en el Instituto Caro y Cuervo. La participación de los Estados Unidos en esta importante obra filológica del Instituto ha sido posible mediante becas otorgadas por el Departamento de Estado. También para el año de 1959 se otorgarán veinte becas a profesores universitarios con el mismo propósito de hacer estudios en el Instituto Caro y Cuervo; en ese mismo año mi Gobierno concederá una beca a un conferencista de este país para permanecer en el Instituto durante todo el año académico. He creído que quizás sea de interés para los miembros del Consejo el saber que nuestro país, a pesar de que no es un país de habla española, tiene mucho interés en que sus habitantes aprendan el idioma español y va a aprovechar esta excelente oportunidad que ofrece el Seminario del Instituto para perfeccionar los métodos de enseñanza".

A lo cual replicó el Embajador de México: "No puedo dejar de hacer un comentario muy cordial, señor Presidente, a lo que acaba de expresar el señor Embajador de los Estados Unidos. Nos complace mucho, y estoy seguro que

interpreto el sentir de todos los miembros del Consejo, que este país dé una nueva prueba de su excelente, sincero y constante espíritu de buena vecindad al tomar una participación activa en las labores de este Instituto".

Y el representante de Colombia agregó: "Deseo apoyar las palabras del Embajador de México y decir que la Delegación de Colombia ve con inmensa complacencia el hecho de que varios norteamericanos se dirijan a seminarios del Instituto Caro y Cuervo para perfeccionar su español".

Esta rápida intromisión, que me he permitido, en los debates de un cuerpo tan elevado como el Consejo de la O. E. A. se justifica y es oportuna en este momento, para saludar la grata presencia entre nosotros del Embajador John C. Dreier, cuyas son las palabras alentadoras que he leído acerca de la obra filológica del Instituto y del Seminario Andrés Bello. El Instituto conoce y recuerda a sus amigos. El anuncio hecho por el Embajador Dreier tuvo fiel cumplimiento en ese año y en los sucesivos, con el envío de becarios y de catedráticos que han cumplido una tarea destacada. Viene ahora el señor Dreier a nuestro país en misión cultural como representante de la Universidad de John Hopkins, que para nosotros será siempre la de Spitzer y de Salinas. Aquí encuentra reunido el Seminario Andrés Bello, con participación de estudiosos de su país y de otras naciones americanas y europeas, Seminario que ha dado ya prueba de su vitalidad en el breve período corrido desde su fundación.

El Instituto no ha ahorrado esfuerzo en el sostenimiento del Seminario Andrés Bello, para corresponder a la confianza depositada en él cuando fue escogido como sede de este organismo de carácter internacional.

Seminario Andrés Bello y Museo Etnográfico. He aquí dos caras del Instituto. La una mira al mundo exterior. La otra a lo regional, y se perfila en la doméstica, amable y amorosa devoción por la cultura popular colombiana que se acoge al calor de estos muros. Son caras opuestas, pero no contradictorias. La puerta de entrada a lo universal es lo local. Lo universal no tiene consistencia si no se apoya en lo nacional, y lo nacional carece de sentido sin la aspiración a la universalidad. Los dos rostros del Instituto son manifestaciones de una actividad cultural unitaria y de solidaridad humana.

En nombre del Instituto declaro inaugurado el Museo Etnográfico y Folclórico colombiano.

JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI.

HOMENAJES A DON MIGUEL ANTONIO CARO EN EL EXTERIOR

En el transcurso de los últimos tiempos la figura de don Miguel Antonio Caro ha sido objeto de homenajes por parte de varias instituciones extranjeras que han visto en él la síntesis y encarnación de los más elevados valores de la mentalidad colombiana e hispano-americana.

En primer lugar mencionamos el acto verificado el 12 de octubre de 1960 en Santander (España), en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, donde fue entronizado el busto de don Miguel Antonio como recuerdo